

os desea

Feliz Navidad

La pequeña gran artista de Paramount,
Mitzi Green, también os las desea en
nombre propio y de dicha productora.

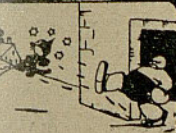
Exija con este número el
SUPLEMENTO ARTÍSTICO



AÑO III N.º 115
24 de diciembre de 1932

Helen Twelvetrees, estrella de la R. K. O., muestra su gozo, casi infantil, al abrir los paquetes conteniendo los regalos de Navidad que le trajo Noël.



FILMS
SELECTOSSEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. LarrayaREDACCIÓN
Y
ADMINISTRACIÓN
Diputación 211. Tel. 13022
BARCELONADELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde, 30 y 32PRECIOS
DE
SUSCRIPCIÓNEspaña y Colonias
Tres meses... 375
Seis meses... 750.
Un año... 15.América y Portugal
Tres meses... 475
Seis meses... 950.
Un año... 19.TODOS LOS
SÁBADOSNÚMERO SUELTO
30
CÉNTIMOS

La realidad en el cine

UNA de las ventajas que el cine tiene sobre el teatro es la de trasladar a la pantalla la realidad íntegra. Pero esta ventaja, que sin duda existe debe de tener muy poco valor. Así nos lo demuestran los productores empleándola tan sólo en los noticiarios y otros films de corto metraje que no tienen más misión que la de rellenar el programa.

La suprema falsedad del teatro son las decoraciones. La necesidad de que todo ocurra en esa pequeña plataforma que se llama escenario, obliga a las más burdas imitaciones. Un árbol es una tabla recortada, pintada y sujeta al suelo con clavos. La luna, un trozo de papel con una bombilla detrás. Si ha de llover, media docena de regaderas se encargan de suplir a las nubes. Si ha de nevar, ese día se avisa a los encargados de la limpieza no tiren los papeles, y éstos son arrojados desde lo alto con regularidad más o menos perfecta.

Pues bien, en el cine ocurre la mayoría de las veces tres cuartos de lo mismo. Y desde que el cine es sonoro, mucho más. De modo que lo que por un lado ha ganado de verismo con la palabra, lo ha perdido en gran número de casos por otro, al tener que instalar una serie de complicados aparatos para recogerla. Antes veíamos el mar verdadero con sus encrespadas olas cuando las escenas del film se desarrollaban en la costa, pero no lo oíamos, con lo que la realidad quedaba bastante mal parada. Unas olas que baten las rocas sin ruido resultan tan irreales como unas olas que rugen y permanecen inmóviles. Ahora podemos oírlas, pero no las vemos. La costa que aparece en la pantalla no es tal costa, sino una decoración tan de cartón y tan pintada como la del teatro. A lo más que se atreven, si la cámara impresiona desde muy cerca, es a colocar unos cuantos tarugos de madera a modo de rocas o a echar un par de carretadas de arena junto a la piscina del estudio.

Indudablemente, la escena puede impresionarse en una costa de verdad. Con trasladarse la compañía y todo el personal técnico a la orilla del mar y montar allí todos sus aparatos, el micrófono captaría sonidos reales y la cámara fondos verdaderos, sin trampa, cartón ni madera. Pero eso implicaría un trabajo complicadísimo y una gran pérdida de tiempo, es decir, una disminución en los beneficios, cosa que los bolsillos de la mayoría de los empresarios, y si son norteamericanos con más motivo, no están dispuestos a tolerar. Sólo en las películas excepcionales, en esas que des-

pues se estrenan con un aumento en los precios corrientes de las localidades, se permiten los productores tales dispendios.

Pero, de todas formas, no crean ustedes que en esos casos excepcionales nos ofrecen la realidad íntegra. El ruido que parece producido por las olas proviene de una serie de cachivaches hábilmente manejados junto al micrófono. Con eso salen ganando las olas y nosotros, pues, si se hubieran de recoger los sonidos verdaderos, resultarían falsos, y, en cambio, los falsos dan una sensación de realidad. A lo mejor, el solemne rumor del mar dejaría de ser solemne y de ser rumor al pasar por el micrófono, convirtiéndose en algo tan grotesco y desagradable como un concierto de estornudos o un coro de pavos reales. El micrófono es así de caprichoso e incomprensible.

Cuando se filmaba «Trader Horn», todas las revistas de cine recibieron fotografías del trabajo que podríamos llamar «de bambalinas adentro», y allí pudimos ver claramente algunos cocodrilos de guardarropía y ciertas maravillas naturales contruidas con utensilios de carpintero. Lo que no nos dijeron, y sabemos todos, es que aquellos leones que luchaban, morían a lanzadas o huían de los gritos de «Cayena» procedían de la jaula de algún domador.

Cuando una compañía de cine se trasladada al Africa para impresionar una película de las selvas vírgenes, se lleva entre sus muchos bártulos un surtido de animales selváticos adquiridos en algún circo del tipo Krone, del mismo modo que cuando la película documental tiene por escenario las regiones heladas, no falta nunca en el equipaje un par de osos blancos.

¿Cree el lector que censuramos ese proceder de los productores? Nada de eso. «Trader Horn» no hubiera sido mejor de lo que es habiendo puesto leones realmente salvajes donde los pusieron amaestrados. Por el contrario, los leones salvajes no habrían dado tanto juego. Lo más que se puede obtener de un león salvaje es retratarlo por sorpresa, y eso cuando de la cámara se encarga un hombre que, al mismo tiempo que «cameraman», es un segundo «Orlando Furioso». Los leones salvajes no nos habrían emocionado. En cambio, los leones amaestrados permitieron filmar una serie de escenas emocionantes.

Y es que la realidad más extraordinaria resulta inferior en interés a la fantasía más prudente.

JOSÉ BAEZA

Films Selectos sale los sábados

DE UNOS A OTROS

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. ♦ Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el pseudónimo que quieran que figure al publicarse. ♦ No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

837. — Pretel desearía saber dónde podría adquirir unos sellos de diez centavos norteamericanos, y si la bellísima artista Mona Maris remite su fotografía a los admiradores, indicándole al mismo tiempo su dirección actual.

838. — Flor de los Trópicos quedará muy agradecida al lector de esta agradable revista que le mande las páginas 13 al 17 y del 25 al 29 del folletín encuadrable Bajo el velo del anónimo, que publicó FILMS SELECTOS, por el precio que tenga a bien señalar y, al mismo tiempo, les agradecerá le remitan, si es que la saben, la letra del vals Doncellita, no sueñes.

839. — El profesor Marino dice: Me interesa adquirir una biografía extensa de miss Garbo, no importa fuese publicada en inglés. ¿Se ha publicado en español alguna? En cuyo caso ¿podría proporcionármela algún amable lector o lectora? ¿Podría darme su dirección algún idílico admirador de Greta, para comunicarnos datos? Gracias mil por anticipado.

840. — Me interesa saber si hay algún lector de FILMS SELECTOS que pueda proporcionarme una foto de María Alba y otra de Greta Garbo y, si es posible, la edad de ambas.

Agradecido a quien me conteste a mi casa particular. Mis señas son Antonio Linares, Ramón y Cajal, 10 y 12, Villacarrillo (Jaén).

841. — Hischam I dice: ¿Podría algún lector de esta simpática revista indicarme los títulos de algunos films realizados por Raul Rulien y Peggy Shannon?

Gracias mil a quienes me contesten.

842. — Tabú se dirige por primera vez a los lectores de esta simpática revista, rogándoles le den amplios detalles de la vida del actor Roland Toutain, y dónde podría encontrar las novelas El misterio del cuarto amarillo, El perfume de la dama enlutada y Tabú.

843. — Mhikukio Pérez saluda amistosamente a lectoras y lectores de esta colosal revista y dice:

Me tomo la libertad de servirme de esta revista para obtener datos para la confección de mi archivo, en vista de que colaboran en ella tantísimos cineastas, poseedores de grandes conocimientos. No dudando que entre las lindas lectoras y complacientes lectores, dueños de repletos archivos, se compadecan de mí y me ayudarán a hacer el mío, doy principio a mis preguntas:

Deseo biografías, lo más extensas posible, de Marceline Day, Evelyn Brent e Ivan Lebedeff, con el nombre de las películas que han interpretado.

También me interesa saber la pronunciación de los nombres Thallulah Bankhead, Regis Toome y Joan Crawford.

Muchas gracias y tienen a Mhikukio Pérez deseando corresponder a su amabilidad complaciéndoles con lo que esté a su alcance.

844. — Jalouan desea de los amables lecto-

HIPOFOSFITOS SALUD
Contra Inapetencia y Agotamiento.

res de esta simpatiquísima revista, conocer la letra de la canción Morucha, favor por el que quedaría muy agradecido y a la disposición de todos.

845. — Un estrambótico agradecería a los amables lectores de esta revista, le indicasen la manera de pedir una fotografía dedicada a Lupita Tovar. Gracias anticipadas.

También desearía cambiar correspondencia con señoritas aficionadas al cine. Dirigirse a Felipe Miralles Tena, Lonja, 17, Tortosa (Tarragona).

846. — Dos buenos amigos dicen: ¿Habría algún amable lector o lectora de esta admirable revista que pueda proporcionarnos una fotografía de la artista Lilyan Harvey y otra de la Xenia Desni? Un millón de gracias anticipadas.

También desearíamos sostener correspondencia en español con señoritas extranjeras.

Señas: Juan Deu, Sol, 27, Viladecans (Barcelona); Salvador Comas, Llevant, 2, Sant Boi (Barcelona).

CONTESTACIONES

839. — Un guardiamarina contesta a Un estudiante y a Un rubio y una morena: Aunque ya las preguntas de ustedes sobre William Haynes han sido contestadas por otros, en varios números de FILMS SELECTOS, yo, aunque tarde, voy a ampliárselas con algo que no les decían en los otros números. En la lista de películas hechas por mi actor favorito, que ustedes conocen, hay que agregar las últimas, las que he tenido ocasión de ver en mis correrías por el mundo.

En diciembre de 1931 vi en Buenos Aires las siguientes: Con el frac de oro, teniendo por compañeras a Dorothy Jordan y Joan Marsh; Un amor por onda corta, con Mary Doran; Tres tonos listos, con Eleanor Ecardman; La chica que dijo que no, con Leyla Hyams, y Un perfecto Gigoló, con María Alba y Lillian Bond.

En febrero de este año vi en La Habana Una romanza en el oeste y Hazle rico pronto, las dos con Leyla Hyams. Su última cinta la vi en New York hace tres meses, en castellano no sé cómo se llamará, allí la daban con el título Are you listening; con William trabajaban las cuatro muchachas más bonitas (para mí) de la Metro. Son Anita Page, Karen Morley, Madge Evans y Joan Marsh. Hasta ahora, que yo sepa, no hay nada más de él.

Haynes es uno de los solteros más recalitrantes de Hollywood y, por eso, de los más solicitados, aunque yo creo que tarde o temprano caerá en poder de Anita Page; es por la única que siente un poco de debilidad. Su mayor afición son las antigüedades y su «bungalow» está lleno de ellas; él dice que su novia es su madre, con la cual se le ve siempre. Son naturales de Stantou (Virginia).

Yo tengo la suerte de haberle conocido; fué en agosto de 1931, estábamos fundados en Golden Gate (La puerta de oro), como llaman a la amplia bahía de San Francisco de California, veníamos de Australia y Japón, después de un viaje muy duro, recuerdo que la prensa española publicó telegramas dando a nuestra hermosa fragata como perdida. Allí fuimos muy agasajados y no faltó entre los festejos la usual visita a los estudios cinematográficos... Recuerdo que en los de la M. G. M. estaban filmando A gentleman life, de John Gilbert con Anita Page y Leyla Hyams, que aun no sé si habrá sido dada por aquí. En el «lunch» ofrecido a nosotros por la M. G. M. tuve ocasión de conocer a varios artistas de

esa marca y entre ellos a Haynes, que la verdad, es tan «fresco» fuera como dentro del «set»... y como siempre tan simpático... Aun conservo el tarjetón de la invitación, con varios autógrafos de ellos... Nosotros devolvimos la atención dando una fiesta a bordo y como en nuestro buque no existe la ley «seca», huelga decirles que fué un éxito, pues casi todos venían más que nada a paladear los ricos productos de las viñas jerezanas y malagueñas que a ellos les sabría a gloria. ¡Con la afición a beber que tienen!

En fin, creo que nada más tengo que decirles, tan sólo pedirles perdón por la «lata monstruo» que han tenido la paciencia de soportar.

840. — De Mauricio Caballero para Taburiente: Para obtener las fotos que usted desea, dirijase al encargado de confeccionar las carteleras en los cines, el cual se las proporcionará, mediante una propina, seguramente.

841. — De El príncipe Carnaval para Su admiradora: Simpática admiradora de Roberto Rey, ahí van los datos que pide de su ídolo. Nació en Valparaíso un día del mes de enero de cuyo año no quiere acordarse. Su madre es madrileña y su padre aragonés. Su verdadero nombre es Roberto Iglesias. Debutó en Barcelona, en el Teatro Victoria, en la compañía en que actuaba su hermana, la famosa triple Iglesias, como debutan todos con un papelito insignificante. Pronto se dió cuenta de que tenía una delicada voz de tenor, y sin dejar de interpretar los breves papeles que le confiaban, fué cultivándola asiduamente. Al cabo de algún tiempo vió recompensados sus esfuerzos, consiguiendo interpretar los tenorillos o sea los segundos papeles de tenor y algunas veces los segundos baritonos. Así muy estimado de las empresas y público, trabajó durante varios años en toda España, particularmente en Barcelona, donde a las órdenes de Sagi Barba ha estrenado algunas obras, entre otras La Dogaresa y El dictador, y en Madrid otras tantas, siendo la más grata para él Don Quixote el Amargao. Espíritu independiente, amigo de conocerlo todo y de vivir en plena libertad, Roberto quiso librarse de la tutela de empresarios y directores de compañías y, al efecto, aprovechando sus condiciones artísticas, se lanzó por el difícil terreno de la canción. Como aquí no había ambiente para ello, se fué a París, en cuyos teatros se le recibió con los brazos abiertos. De aquí pasó a Alemania, estando después en Hamburgo, Londres y otras capitales. Después volvió al Empire de París, donde fué visto por Jesse L. Lasky, vicepresidente de la Paramount, que andaba por las capitales europeas en busca de artistas para impresionar en los estudios de Joinville. Roberto Rey quedó contratado en el acto para tomar parte en Un hombre de suerte, y como resultado del éxito que tuvo esta película recibió el brillante contrato para los estudios de Hollywood. Allí interpretó Genie alegre y El príncipe gondolero, ambas con la gentil Rosita Moreno y las dos han sido dos éxitos rotundos. Regresó de Hollywood con motivo de haberse suspendido las producciones españolas y volvió a los estudios parisinos en donde ha interpretado Un caballero de frac y últimamente El payaso.

La canción que pide se la doy a continuación: «Es ideal poder pasar = las noches en Venecia. = Poder sentir y resistir = del amor la vehemencia. = Poder soñar con el amor = que anima la existencia = con el vaivén arrullador = del canal de Venecia. = Los compases de los remos = parecen arrullar = nuestro sueño encantador = para siempre nos queremos. = Y será eterno nuestro amor, = nuestro amor = nuestro amor. = Es ideal poder pasar = las noches en Venecia. = Poder sentir y re-

HIPOFOSFITOS SALUD
Da vida y vigor a los Débiles.

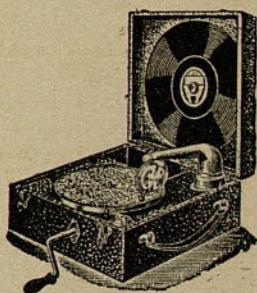
sistir = del amor la vehemencia. = Poder soñar con el amor = que anima la existencia. = Con el vaivén arrullador = del canal de Venecia.»

♦ Dos contestaciones de Don Juan Diplomático:

842. — Para Martínez y Paredes: Todos los actores que cita usted son católicos, al menos así parece en muchos films que interpretan. Barry Norton es argentino.

843. — A Una salmantina en Ceuta: La compañera de Juan Petrovich en A las órdenes de Su Alteza es Agnes de Esterazy. Esta estrella nació en Berlín y trabajó para el teatro. La Ufa la contrató para filmar Amor. Sucesivamente ha hecho El espiá de la Pompadour, Expiación, Manón, El amante de las rubias, El ídolo rolo, Bajo nombre supuesto y El forzado de Cayena.

No es cierto que Pola Negri haya hecho El collar de la reina, pues la protagonista de esta cinta es Diana Karenne.



2,000 fonógrafos regalamos

a título de propaganda a los dos mil primeros lectores de

FILMS SELECTOS

que hayan encontrado la solución exacta del jeroglífico indicado al pie y se avengan a sus condiciones.

Encontrad los nombres de tres grandes ciudades españolas, cuyas sílabas se encuentran combinadas en los nueve cuadros siguientes:

SE	LA	DO
MA	LE	LLA
TO	VI	GA

Envíad la contestación a los

ESTABLECIMIENTOS PALMA

99, Boulevard Auguste Blanqui. — PARÍS (Francia)

Adjunad a la respuesta un sobre con su dirección

NOTA. — Las cartas para el extranjero deben franquearse con un sello de 40 céntimos

Para vigorizar el sistema nervioso, combatir la Anemia y robustecer el organismo, los médicos aconsejan

HIPOFOSFITOS SALUD

LA MUJER PANTERA

por

J. B. Valero



FilmoTeca
de Catalunya

El título de fatal que tanto se ha prodigado en cinematografía, es ya insuficiente para definir a las actuales mujeres siniestras que, como todo en el mundo, no cesan de hacer progresos. Por eso la «Paramount», en un acierto terrorífico, ha llamado mujer-pantera a su último hallazgo de mujer fatal. La pantera no es el más temible de los animales selváticos, pero sí el más feroz entre los que tienen nombre femenino. La pantera es ondulante, esbelta, silenciosa. A la belleza de su piel se une la gracia elástica y deslizante de su paso. Traidora y escurridiza, es un símbolo bastante justo de esas mujeres que pasan por el mundo sembrando el veneno de su belleza.

La mujer-pantera que ha incluido la «Paramount» en su elenco es Kathleen Burke, una joven que tiene diez y nueve años y se hallaba en Chicago trabajando como mecanógrafa cuando los buscadores de estrellas la descubrieron.

Es curiosa la forma en que el hallazgo se ha realizado. La «Paramount» decidió filmar la novela de Wells «La isla de las almas perdidas» y necesitaba una

mujer capaz de encarnar el complejo papel de protagonista, flor selvática, sirena de los bosques, hermosa, temible, sinuosa, felina..., una pantera humana, en fin.

En Hollywood la búsqueda fué infructuosa. Cinelandia cuenta con alguna de estas flores tropicales — la de «Trader Horn», por ejemplo —, pero la obra de Wells necesitaba algo más intenso, impresionante y definitivo. En vista de que esa mujer no existía entre los ejércitos femeninos que afluyen a Hollywood atraídos por el señuelo de la gloria, la casa productora destacó agentes por todo el continente americano, con el encargo de presentar una mujer-pantera elegida entre todas las que aspiraran a tal título en cada localidad. Todos los periódicos americanos lanzaron la invitación casi al mismo tiempo y el resultado fué un verdadero diluvio de muchachas que poseían, en mayor o menor grado, las condiciones requeridas. ¿Quién iba a suponer que en cualquier

ciudad americana, incluso en las más insignificantes, hubiera un centenar de mujeres-panteras?

Esta inundación de «panterismo» complicó la tarea de los agentes, pero aseguró el éxito de la empresa. Entre tantas candidatas, no cabía duda de que se encontraría una capaz de encarnar perfectamente el personaje imaginado por Wells. Sólo en Nueva York surgieron más de cuatro mil muchachas que tenían algo de pantera y en total desfilaron ante la mirada experta de los agentes hasta sesenta mil panteras humanas.

Las había de todos los tipos y matices. Con los ojos verdes de ésta competían los dientes blancos, apretados y cortantes de aquella. Unas tenían toda su felinidad en la naricilla graciosamente respingona y sensual y otras cifraban sus esperanzas en la ondulación escurridiza de su cintura.

La elección de «Miss Universo» no encierra más dificultades que las que se presentaron en este caso a los agentes de la «Paramount».

Por fin, elegidas las candidatas triunfantes en las diversas regiones americanas, se trasladaron a Hollywood y comparecieron ante un tribunal encargado de hacer la selección definitiva.

Por unanimidad, el triunfo recayó sobre la mujer-pantera de Chicago, una modesta mecanógrafa que luchaba por la vida en compañía de su madre. Un modesto pisito en los suburbios más lejanos, forzosa parquedad en la mesa y modestia extremada en el vestir. Un par de medias cada dos meses, y de esas en que la calidad se sacrifica a la apariencia. Seguramente ni siquiera el autobús

podía tomar en todos sus viajes de ida y vuelta a la oficina.

Hoy el modesto pisito se ha convertido en un magnífico departamento en el mejor hotel de Los Angeles, los vestidos confeccionados por ella misma en un deslumbrante guardarropa surtido por uno de los mejores modistos norteamericanos y el autobús en soberbio auto que los empresarios han puesto a su disposición.

Se comprende que la elección haya recaído en Kathleen Burke. Imposible encontrar una mujer de belleza más espléndida y obsesionante. Unos ojos un poco oblicuos, grandes, oscuros, muy rasgados bajo el arco largo y fino de las cejas; una boca de labios un poco gruesos y de dentadura nivea y simétrica; una figura escultural y majestuosa, y, sobre todo, unas manos largas, de proporciones y líneas casi decorativas..., unas manos que son como preciosas garras.

A Kathleen le parece un sueño todo lo que ha ocurrido en su vida

(Continúa en la página 18)



POLA NEGRI

la de los amores poco duraderos

por MANUEL P. DE SOMACARRERA

Ni Greta Garbo, ni Marlene Dietrich, ni Brigitte Helm, ni ninguna otra vampíresa del cinema tiene ni puede tener una historia tan fuertemente amorosa como la de Pola Negri. Además, en su vida, si no vive tanto misterio como en la de las otras, no por eso deja de ser misteriosa y hasta si se quiere más fatal que todas ellas.

Cuando esta mujer de belleza trágica se asomó al mundo cinegráfico, en torno de ella se alzó un torbellino de asombro y murmuraciones. Pero entonces lo que llamó la atención de las gentes fué sólo su arte, ese arte que resume el fatalismo de las grandes pasiones y en donde lo dulce se confunde con lo amargo.

La obra que consagró como estrella a Pola Negri, pero estrella incomparable de la escena muda, fué «Pasión», una película que protagonizaba también Emil Jannings, editada en Alemania hacia finales de 1918.

Fuó tanto el esfuerzo realizado por Pola en dicha película, que las carnes parecieron aflojar, sus vestidos también parecieron holgarse, y hasta su rostro se hizo más pálido y menos risueño. De ahí que se tomara un corto descanso, yendo al lado de su madre que estaba en Varsovia.

Cuando, transcurridos unos meses, Pola volvió a recuperar las energías perdidas, se dispuso a regresar a Berlín. Y al hacerlo se vió obligada a detenerse en la frontera, porque la ley de guerra no permitía que saliesen joyas del país. Esto indignó a la artista de tal manera que no sólo protestó, sino que también hizo que la llevaran a presencia del jefe encargado de hacer que se respetase aquella disposición. Semillante abreviamento

Pola Negri en «La calle de las almas perdidas», su última producción realizada en Europa.



Pola y su último ex esposo príncipe Mdivani.

pudo haberle costado caro; pero en vez de una disputa como es lógico suponerse que así fuera, surgió un idilio amoroso de pocas palabras que acercó las almas del jefe y de la artista.

Tanta fué la simpatía que se despertó entre ambos, que al poco tiempo se celebraba la boda de Pola Negri con el referido jefe, que no era otro que el conde Eugenio Dombbska. Pero aquella

unión sólo duró año y medio; no podía durar más. El conde había exigido a Pola que abandonase para siempre sus aspiraciones artísticas y se concretase únicamente a ser la esposa de un noble polaco. Ella entonces se rebeló contra su marido, y en la imposibilidad de avenirse con su estado social, incompatible, según ella, con su vida artística, un buen día ordenó que dispusieran su equipaje y abandonó el castillo de su esposo, pidiendo a continuación el divorcio.

Pero el conde de Dombbska no había sido su primer amor como alguien asegura; Pola estuvo anteriormente enamorada de un célebre artista polaco, con el cual vivió un capítulo de novela entre trágica y sentimental. Una agonía lenta, producida por la tisis, acabó con él en sus brazos.



Después de su matrimonio también se enamoró algunas veces más; pero sus amores fueron sencillos, pasajeros e intranscendentes, a excepción de los que sostuvo con Charles Chaplin (Charlot), a quien conoció en Alemania y con el que rompió sus relaciones por el suicidio de Marina Vega, aquella linda muchachita mejicana que apareció una mañana muerta a la puerta de su casa.

Sin embargo, la pasión más grande de su vida la experimentó la actriz polaca al conocer a Rodolfo Valentino, el gran amor de la pantalla. Con él vivió los mejores días de su vida y en su compañía igualmente soñó amando lo que jamás volvería a desear al lado de otro hombre.

A pesar de todo cuanto se ha dicho, Pola, es indudable



Pola Negri en dos de sus celebradas caracterizaciones.

cado y desvestirse. Más tarde, para olvidar su dolor que tantas huellas había dejado en su rostro, proyectó un viaje a Europa. Embarcó con rumbo a Francia y en el barco que viajaba, conoció al príncipe Sergio Mdivani. ¿Quién era este personaje que tan prontamente se adentró en el corazón de la gran trágica? Un noble de los Balcanes, que hacia tiempo residía en Nueva York, jugaba a la Bolsa y poseía algunos terrenos petrolíferos. Viajaba siempre de incógnito y eran frecuentes los viajes que realizaba de Nueva York a Francia, en cuya capital se daba a la diversión y al amor. No obstante,

a Pola le fué simpático aquel hombre, le gustó tanto que llegaron a intimar grandemente durante los pocos días que duró la travesía, contrayendo matrimonio a poco de desembarcar en un pueblo de Francia.

De semejante matrimonio se hicieron diversos comentarios, publicándose asimismo en los periódicos las historias más absurdas respecto al mismo. Se criticaba a Pola Negri de ser una

(Continúa en la página 24)

que amó ciegamente a Valentino. Lo demuestra el hecho de que muerto el artista italiano, ella se desplomó sobre el negro ataúd cubierto de flores. Claro que esto sólo no basta para conocer el verdadero sentimiento de una mujer; pero antes de que la muerte le llevara esos lutos, ya Pola había comenzado a sufrir, pasando a su lado todo el tiempo que duró su enfermedad. Además, aquellas horas de trágico recuerdo para la artista, las pasó ésta sin apenas probar bo-

HAROLD llega a Hollywood, la ciudad de sus sueños. Harold sabe que la gloria lo está aguardando en la capital del Séptimo Arte. Harold, deslumbrado por la visión de sus próximos, inevitables, inminentes triunfos cinematográficos, no advierte que, en vez de pisar el andén, introduce el pie hasta el tobillo en una sombrerera. Mas, ¿qué es un sombrero, aunque su dueña sea una mujer hermosa, ante el amor que nace en el corazón de un joven que dentro de breves días será un astro de la pantalla? Porque Harold, haciendo más de lo



La asistencia a la fiesta que da la esposa del influyente magnate del cine es asunto de vital importancia para Harold. Ya lo tenemos en la espléndida mansión, viendo estamos cómo sabe congraciarse con la dama cuya recomendación ha de hacerle llano y practicable el camino de la gloria. ¡Ah, pero donde menos se piensa salta la liebre! Harold, que lleva puesto un frac ajeno, el frac de un prestidigitador por más señas, ve que empiezan a salirle de las mangas, de los bolsillos, de todo él, conejillos, pollos, ra-



que hizo César, llegó, vió, metió la pata y se enamoró.

LUEVE a torrentes, y, sin embargo, Harold, que no tiene alma de cántaro, siente que su espíritu recibe la caricia del sol. ¿Cómo puede ser esto? ¡Ah, es que Harold, pese al chubasco, ha encontrado una estrella! No en el cielo, naturalmente, puesto que, aparte de ser de día, está nublado, sino en la calle. Harold querría hablarle a la hermosa de amor, pero considera más oportuno y urgente ayudarla a levantar la capota del automóvil. Y aquí empieza lo bueno...



tones y quién sabe qué más.

¡Ha llegado el gran día! Es hoy cuando le dirán a Harold algo de lo cual se halla Harold seguro de antemano: que las pruebas fotográficas y fotogénicas que de él se han tomado demuestran que el cine necesita de Harold. Tan entusiasmado se halla nuestro hombre que, no sabiendo qué hacer, se quita una insignia que conserva como recuerdo de sus tiempos estudiantiles y condecora con ella a la actriz de ojos morunos y enigmática sonrisa de vampiresa. Pero, Harold propone y el direc-

tor dispone: por absurdo, increíble, desconcertante y fantástico que par-zca, Harold no sirve para el cine; cuando oyó que le decían lo contrario, oyó mal; la triste verdad es que no sirve y no hay que darle vueltas. Faltan palabras para pintar su abatimiento, que de puro trágico resulta cómico... Y para que llueva sobre mojado, su ideal, la mujer de sus sueños, la Dulcinea de este caballero andante del lienzo de plata, lo manda a paseo; está indignada porque Harold le regaló a la actriz la insignia de marras. ¿Quién pintaría la cara que



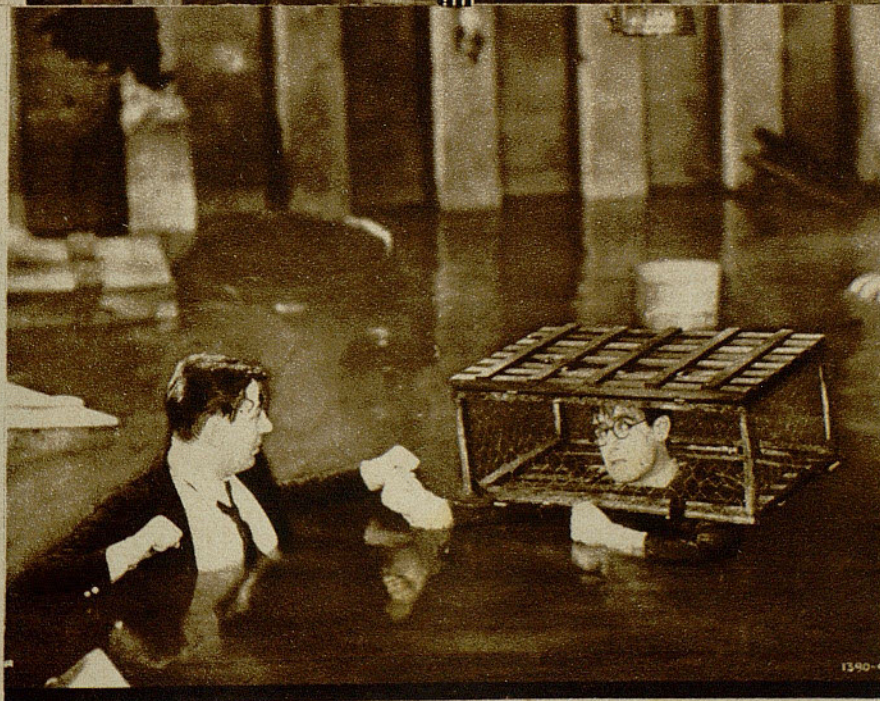
de sentirse actor se siente hombre de acción, se propone llevar a cabo una hazaña. La cual es nada menos que rescatar a la cuitada dama que en poder del grosero galán gime cautiva. Ya ha empezado el combate, pelea, duelo o como ustedes quieran llamarlo, que el nombre no hace el caso y lo que importa es verlo para morirse de risa.

ELLA se siente entusiasmada ante la proeza de Harold. El director declara a cuantos quieren oírlo que en toda su cinematográfica existencia no ha visto pelea más fiera, em-



pone nuestro héroe? Además, ¿para qué pintarla aquí cuando todos pueden verla en la pantalla?

ESTÁN tomando la escena cumbre de una película que no tendrá rival. Harold se presenta en el preciso momento en que esa escena cumbre llega a su cúspide, y convierte aquello en un abismo. El galán, hecho una fiera, lo increpa. Harold, que sabe muy bien que a la ocasión la pintan calva, se dice para sus adentros: ¡Esta es la mía!, y le suelta al otro unas cuantas palabras enérgicas, antes de largarle un par de bofetadas. Porque Harold, que además



peñada, descomunal, fantástica, risible y filmable. Ese jovencito de las gafas promete, vaya si promete. Es un jovencito que se las trae y al cual no hay que dejarlo irse sin un contrato que asegure para el cine este nuevo hallazgo. Pero, mientras que el director piensa de este modo, Harold, a quien no le pasa siquiera por el pensamiento que el director pueda estar pensando lo que piensa, emprende una retirada estratégica. Todo se ha perdido, dice Harold para su capote, y no es cosa de perder también la vida o, cuando me-

(Continúa en la pág. 24)

Dita Parlo y Harry
Frank en la película
«Mercado de mujeres».

Hegewald-Film

„Tänzerinnen“
für Südamerika

Richard Dix en una escena
de la película dramática de
Sice-R. K. O. «Manchuria»
Roar of the dragon

Filmoteca



CHARLOT - CHEVALIER

EL BIEN Y EL MAL

Charlot: el Bien. Una mujer, un pájaro, una flor. Pero sólo la humilde flor silvestre está al alcance de su mano y de su corazón emocionado, dispuesto a entregarse, para toda la vida, a cambio de una sonrisa buena...

Chevalier: el Mal. O si esto parece demasiado grave, la despreocupación, la pirueta sobre los corazones. Junto a él, la mujer. Y es ella aquí, la emocionada, la que desearía retenerle para toda la vida. Como si para él la eternidad amorosa pudiera tener más de sesenta minutos...



La inicial común les hace estar unidos en ficheros, índices y archivos cinematográficos. Buscando yo en el mío «fotos» para inspirar mis primeros pasos en esta simpatiquísima revista que es FILMS SELECTOS, me los he tropezado, inquietos de la misma carpeta.

Así, juntos y diversos, heterogéneos pero del brazo, andan por la vida. Charlot, Chevalier...: el Bien y el Mal. Toda la vida cabe en lo que estas dos figuras representan; toda la Humanidad, con sus pasiones y con sus anhelos, con sus sueños y sus desengaños.

Charlot es el corazón; lo candoroso, ingenuo, pueril y sentimental; una alma sensible a todas las reacciones cordiales, permeable a todas las emociones inefables, que se pasea por el mundo a bordo de unas botas como gabarras, bajo el palio grotesco de un hongo dramático como la chistera del trapero. La virilidad apenas acierta a asomarse bajo la nariz, trazando su signo en un bigotillo como un tiznón.

Dijérase que es un niño perdido, con corazón de niño y de hombre, que se enamora de las flores, de los pájaros, del buen sol y de las mujeres. De las mujeres hermosas, que él supone sensibles a la bondad, como él, y que de él se ríen, porque es feo, desgarrado, andrajoso y bueno; de él y de su corazón.

Todo nariz de Cyrano, Charlot sólo enamora a las muy pobres o a las muy ciegas; las que reciben alborozadas, en su pobreza, el perfume de una florecilla silvestre, recogida

por el novio absurdo y romántico al borde de un camino, o el aroma de una palabra fraternal.

Pero, irremediablemente, en cuanto comen o en cuanto se ven dos días seguidos, las novias dulces, las novias rubias, las novias emocionadas, le despreciarán, para marchar a quemarse las alas en luz más brillante y más bonita...

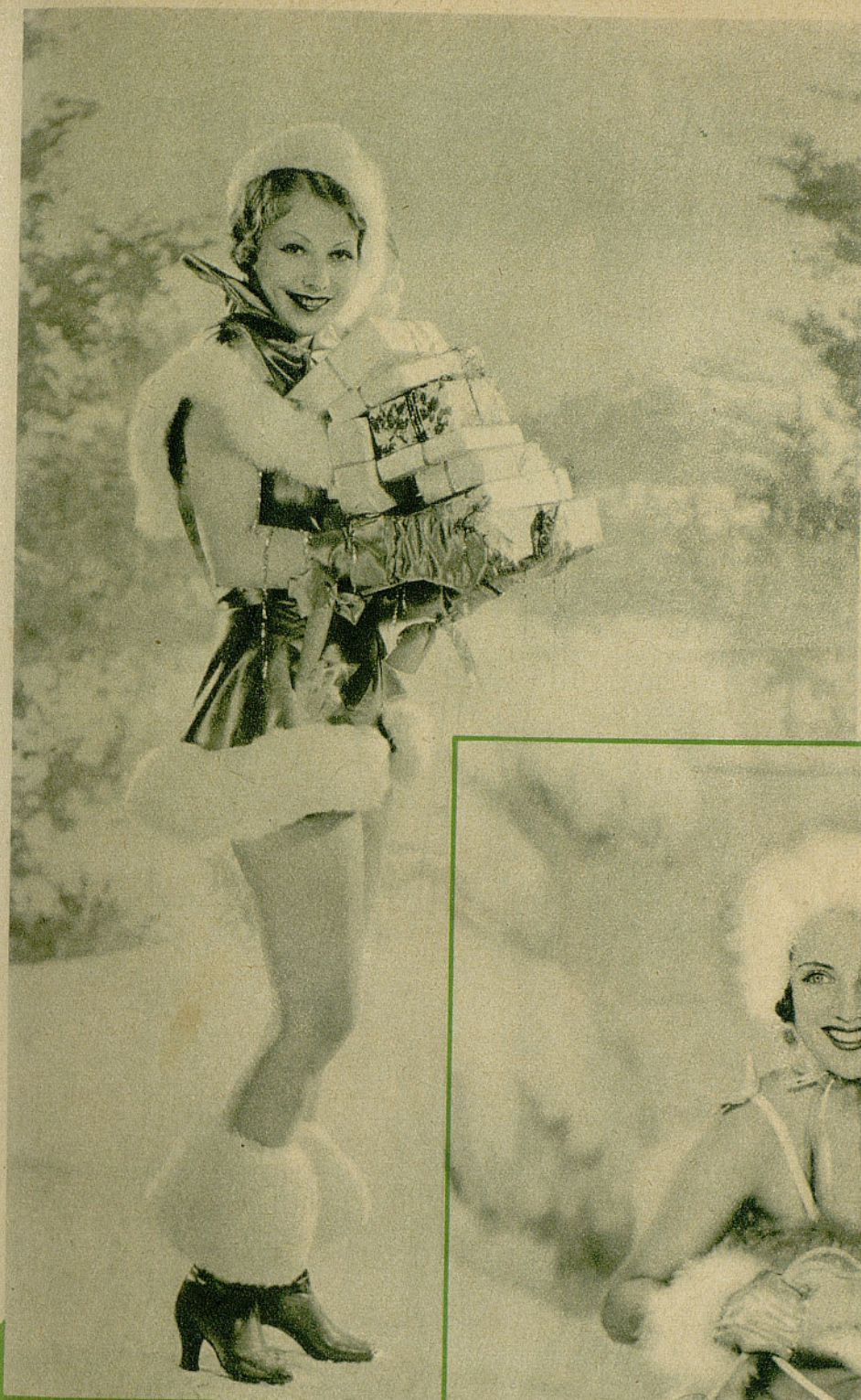
En la llama, por ejemplo, de Mauricio Chevalier. Chevalier es la réplica y la antítesis de Charlot. Charlot es el Bien y Chevalier el Mal: el garbo, la despreocupación, la fortuna amorosa. Charlot cantará sus amores a la luz de la luna, en una noche de primavera. Chevalier danzará bajo la luna convencional de las luces de cualquier «cabaret», entre buenos vinos y bellas mujeres propicias.

Porque es el Mal, Chevalier es simpático; tiene el optimismo de lo pecaminoso; ejerce la atracción de lo desvergonzado. De Charlot a Chevalier, hay tanta distancia como de una serenata de laudes al estribillo del último cuplé, silbado por el último bigardo de pechera planchada.

Yo comprendo, lectores míos, que todo esto es inmoral. Yo comprendo, director mío, que no inicio con una buena enseñanza mi colaboración en su revista. Pero, ¿qué quieren ustedes si la cosa ocurre así? ¿Vamos a negar, a estas alturas, que la vida equidista de las dos fuerzas igualadas del Bien y del Mal? ¿Igualadas? No; y de aquí puede salir la moraleja de este tan inmoral artículo mío: una sonrisa de una sola mujer venerada, basta a iluminar toda la vida de los sencillos de corazón; de los buenos, de los nobles, de los resignados con la fealdad de su rostro y con la inexperience de su sastre. La sonrisa de todas las mujeres no basta a limpiar de turbiedades la existencia de los afortunados del amor. Y además...

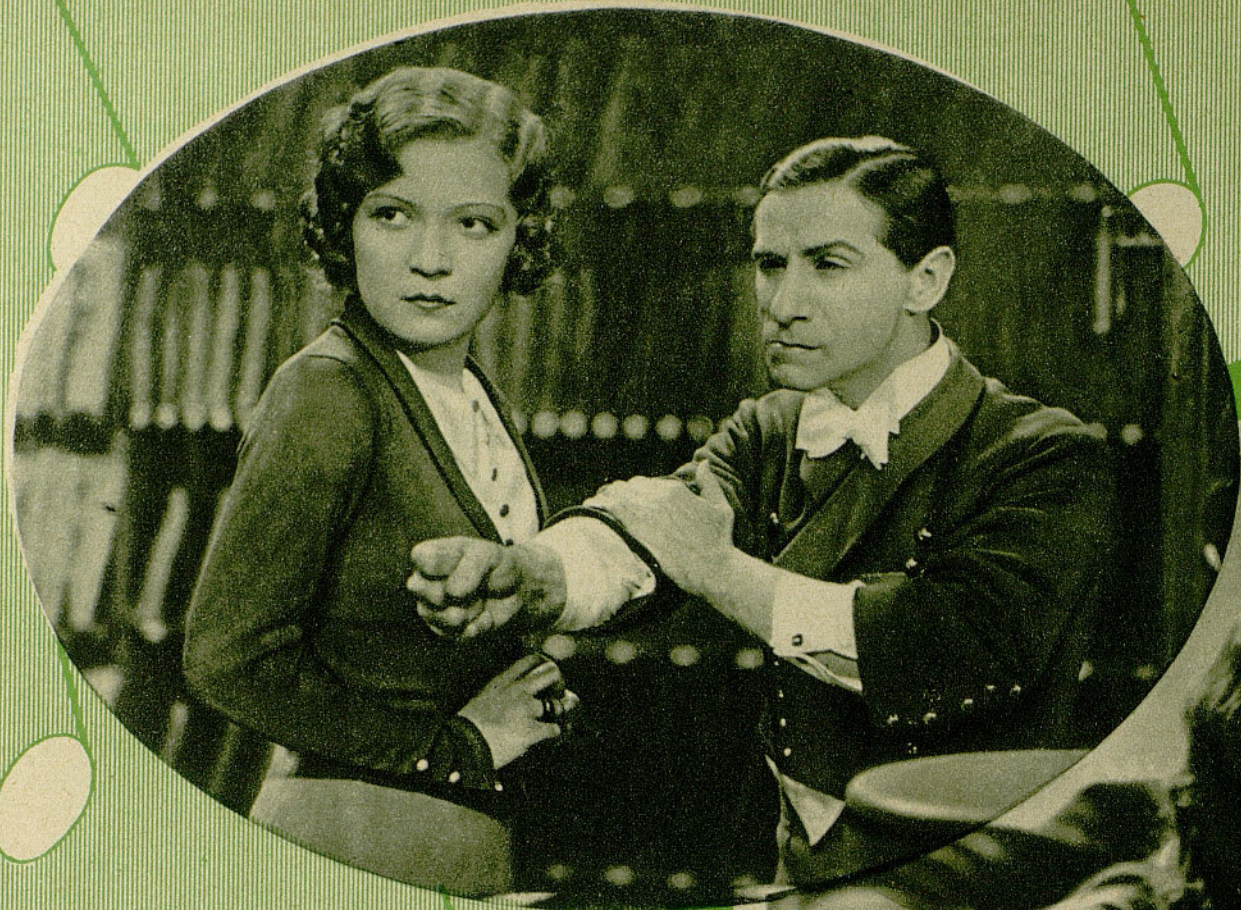
Además, nada; porque mejor que yo — ¡naturalmente! — escribí la moraleja el Hijo del Hombre: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque de ellos es el Reino de los Cielos»... Bienaventurado Charlot-símbolo, Charlot-prototipo, porque es limpio de corazón.

DOMINGO DE FUENMAYOR



Verdaderamente extravagancia, y no moda, debiéramos escribir en el título, pues a nadie más que a unas artistas de cine, capaces de todas las extravagancias, se les ocurre vestirse, para andar por la nieve, con la indumentaria que en estas fotografías lucen Muriel Evans y Susana Fleming. Ciertamente que no pueden pasar frío porque ni están al aire libre ni entre nieves, pues una y otra cosa son decorados y no de los mejores y además en el estudio hay calefacción.





Tres momentos de la delicada y divertida opereta con música de Robert Stolz "Una canción, un beso, una mujer", que nos darán a conocer en estos días de Pascua las Exclusivas Huet. Son principales actores de esta película Marta Eggerth, Greta Theimer, Gustav Froelich y Tivor von Almay.



MUJERES BONITAS

La juvenil artista de la Fox

JUNE VLASEK

cargada con los obsequios
que sus admiradores le han
enviado a guisa de aguinaldo.



El trasatlántico se deslizaba majestuosamente sobre las aguas oscuras. Cerca del casco había una mágica reverberación de millares de espejuelos luminosos. Eran las luces del barco que se reflejaban en el mar. Más allá todo era sombra, un abismo siniestro e impenetrable.

Yo estaba acodada en la borda, sumida en una deliciosa indolencia espiritual. De pronto, junto a mí vi una sombra blanca. Me volví rápidamente, sobresaltada. No era una aparición: era el primer oficial del buque.

No había hablado nunca con él. Ni siquiera le había visto en los tres días que llevábamos de travesía. ¿Antes de embarcar? Tampoco. Sin embargo, aquel rostro me era tan familiar como el de algún deudo o algún amigo de la infancia. ¿De qué conocía yo a aquel hombre? ¿Cómo podía conocerle si no le había visto nunca? Y, al mismo tiempo que me hacía estas desconcertantes preguntas, miraba aquellos ojos azules, aquel cabello rubio que nimbaba de oro las sienes, aquellos hombros rectos, aquel talle esbelto y fino y aquel uniforme blanco que tan intensamente recordaba.

El sonrió.

—Adivino lo que está usted pensando y le ruego que deseché esa preocupación. ¿Qué importa que nos hayamos visto antes o nos hayamos dejado de ver, si nos estamos viendo ahora? Aprovechemos estos fugaces momentos de nuestra entrevista charlando como buenos amigos. —

Hice un esfuerzo y logré esbozar una sonrisa. Pero la verdad es que la sorpresa me duraba aún y no supe qué decir.

El habló por mí.

—Si yo hubiera sido el capitán del buque, no habría seguido esta ruta. Estamos en la época de los desprendimientos glaciares. ¿No ha visto usted pasar por el horizonte alguna mancha blanca, algo así como una colina de nieve? —

Recordé en seguida que hacía unos minutos había presenciado el extraño fenómeno.

no en busca de un buque en el que sembrar la destrucción y la muerte. —

Calló un momento y añadió:

—Lo malo es que fatalmente ha de ocurrir. —

No lo comprendía. Aquellas palabras llegaban a mis oídos envueltas en un no sé qué sobrehumano y misterioso. Pero

me conmovió profundamente la tristeza que percibí en sus ojos azules. Intenté hacer una pregunta, pero no tuve tiempo. El me había cogido una mano. Me dijo con voz trémula:

—Mi único consuelo es que la amo y que este amor quedará aquí, con usted, flotando como una esencia. —

La emoción al sentir aquella mano en contacto con la mía, aquella voz en mi oído, el calor de aquel aliento en mi sien, robaba a mis miembros toda facultad de acción y dificultaba mi respiración hasta convertirla en jadeo.

¿Qué significaba aquel fatalismo, aquella abrumadora impresión de que algo trágico e irreparable iba a ocurrir precisamente en aquel feliz momento en que hablábamos por primera vez?

No lo logré averiguarlo. El se marchó antes de que yo recobrara la presencia de ánimo suficiente para hablar.

Quedé absorta. Así, acodada en la borda y con los desorbitados ojos fijos en el horizonte, permanecí hasta que un choque formidable me hizo volver a la realidad.

Instantáneamente, se produjo en el buque un revuelo enorme. Carreras, gritos de angustia, enérgicas voces de mando. Acabábamos de chocar con un «iceberg» y la nave, partida en dos como una frágil ramita, se iba a pique rápidamente.

Quise llamarlo. Pero ¿cómo, si no sabía su nombre?

Corrí alocada por la cubierta entre aquella multitud atacada de

(Continúa en la página 24)

¿MI PRIMER AMOR?

Confidencias de Marlene Dietrich

Diablos celestiales. — Local de estreno: Cataluña. — Distribución: «Artistas Asociados». — Procedencia: americana.

Este es un film sin grandes pretensiones y, en cambio, a juzgar por cuanto se nos ha ofrecido en la actual temporada, es un film digno de tenerlas, porque con él se goza de unos momentos de plena despreocupación y deleite, cosa raramente lograda por la mayoría de films y de entre ellos algunos presentados a son de bombo y platillos. Es éste, a nuestro juicio, el mejor elogio que podemos hacer de esta película. Hecha con el exclusivo objeto de distraer, de hacer pasar un rato agradable, unos momentos alegres, llena su cometido a la perfección.

Film de una comicidad de buena ley, tejido de situaciones regocijantes, mostrándonos la guerra en el aire desde un lado cómico, y para ello los protagonistas realizan las más extravagantes acrobacias en un aeroplano; con una trama en extremo agradable y simpática, provoca en cada escena el comentario significativo de una carcajada general en el auditorio, que el día del estreno salió de la proyección perfectamente complacido.

Protagonistas de la película lo son Spencer Tracy, William Boyd y George Cooper, que rivalizan todos ellos en comicidad. Ann Dvorak, delicadísima, queda en un plano de discreción.

Carnaval. — Local de estreno: Fémima. — Distribución: «Meyler Films».

Toda la trama del film conduce a convertir en real el «Otelo» que ha de representar, en el desenlace, un matrimonio de artistas, después de una ligereza sin transcendencia cometida por la mujer en un baile carnavalesco y cuando el marido está encendido de celos. Toda la obra ha sido preparada para este final apoteósico y absurdo. Asunto inocente, sin interés alguno, tanto más cuanto que se adivina el final desde las primeras escenas y está desarrollado feálicamente. La interpretación, discreta por parte de Dorothy Boucher, pero en Matheson Lang, con sus grandes ademanes y su énfasis declamatorio, es, sencillamente, mala.

El Príncipe de Arkadia. — Local de estreno: Fantasio. — Distribución: «Star Films». — Procedencia: alemana.

Un asunto, si no original, trazado con mucho ingenio y salpicado continuamente de finas ironías, de regocijantes sátiras, una partitura musical inspiradísima, debida al genio del célebre compositor Robert Stolz, una realización esmeradísima e inteligente y una interpretación muy ajustada por parte de Willy Forst, el popular actor cantante, y de la bellísima y elegante Liane Haid. He aquí el grato conjunto de «El príncipe de Arkadia», recibida con visibles muestras de agrado por el público que acudió al estreno.

Presentado con propiedad, suntuosamente casi, el film peca, sin embargo, de aquella lentitud tan característica de la cinematografía alemana, quedando algunas escenas excesivamente alargadas. De todas maneras, ello se olvida

fácilmente en gracia al interés natural de la trama, que es desarrollada con amenidad y soltura.

Calles de Nueva York, película Metro-Goldwyn. — Local de estreno: Urquinaona.

¡Qué lejos está Buster Keaton de sus films de perdurable recuerdo, «Mi vaca y yo» y «El rey de los cow-boys»! Buster Keaton, con su rostro cerrado a la risa, con su inexpressión racial, negando precisamente la misma esencia del cinema que es expresión, sacrifica la propia comicidad en aras de la «personalidad» y se convierte en un factor cualquiera, inanimado casi, en otro truco entre los muchos amontonados en un film cómico para provocar las risas del público. Por falta de evolución, Buster Keaton se hace servidor de las situaciones cómicas cuando, por el contrario, éstas deberían brindársele para dar mayor campo de acción y superior relieve a la propia comicidad.

Pero más que otra cosa, el descenso de Buster Keaton, a nuestro juicio innegable, reside en la falta de originalidad de los trucos cómicos que se le brindan, en la excesiva repetición de las mismas situaciones que ha venido procurándose en anteriores films. Por esta razón, encontramos a este Buster de ahora tan alejado del célebre Pamplinas de «Mi vaca y yo», donde la originalidad y la gracia del truco se hermanaban a la comicidad natural de ese actor, tanto menos efectivo cuanto más inexpressivo.

«Calles de Nueva York» es una película, a nuestro juicio, desplazada en la época presente de mejoramiento cinematográfico. Una película al estilo de las de antaño — de antes de la incorporación a la pantalla de los Max Linder, Prince, etcétera — cuando la comicidad era superficial y forzada, y residía únicamente en el ropaje, concretándose a locas carreras, sustos, destrozos de toda índole, peleas, etcétera... Lo que

en «Calles de Nueva York» puede provocar la risa de ese público dado a ella con mucha facilidad, es, también, como en aquellas películas, la burda comicidad de las escenas de luchas, de destrozos, de caídas, etcétera.

Desgraciado film para Buster Keaton ese de «Calles de Nueva York», que viene a demostrar, una vez más, la necesidad de renovarse.

¿Qué vale el dinero? — Local de estreno: Coliseum. — Distribución: «Paramount». — Procedencia: americana.

Entre los pocos verdaderos «artistas» de cinema, George Bancroft figura, quizá — para nosotros sin el quizá —, en cabeza. Con él la ficción deja de serlo para atravesar los umbrales de la realidad y asentarse plenamente en ella, tal es su profundísima compenetración con los sentimientos del personaje que es llevado a incorporar, tal es su ductilidad artística y sus estupendas dotes de asimilación. Sin filigraneos innecesarios, sin forzamientos inútiles de expresión, naturalmente, crudamente, con rudeza, con una simplicidad admirable, imponente, Bancroft nos introduce en el alma de su personaje, nos ata a ella y nos lleva de un extremo a otro de sus obras, como hechizados, apasionadamente, pendientes de sus más leves miradas — ¡tan inmensamente expresivas! —, de sus más breves gestos, y así el interés que nos inspira su personaje invade la misma trama a la que aquél está ligado, aun teniendo ésta escasa consistencia, haciéndonos de esta manera vivir lo convencional por lógico, lo falso por real. Milagro éste que sólo Bancroft y únicamente Bancroft podía realizar.

La obra «¿Qué vale el dinero?» tiene un fondo muy agradable y una delicadeza interna que la hace en extremo simpática, y pese al falseamiento de situaciones, tiene aquel interés inmenso que sólo una interpretación como la que sostiene Bancroft podía darle tan acabadamente. Frances Dee, en el papel de ingenua, encarna un personaje desbordante de simpatía, así como David Durán, el precoz niño artista que se reveló en «La canción de París», al lado de Chevalier. Quedan en plano discreto Juliette Compton y Robert Ames.

La realización es excelente y muy depurada la presentación.

Noches mágicas. — Local de estreno: Fémima. — Distribución: «Meyler Films».

Convencional e intrascendente el asunto de este film, reducido a una breve novela amorosa romántica e inverosímil. La acción es sacrificada, generalmente, para dar lugar a algunas escenas de canto — imprescindibles cuando el protagonista tiene una voz más o menos aceptable —, con lo cual la película queda deslabazada y sin interés.

Además, ha sido presentada en una copia sencillamente inaceptable, en la que el contratipo, para dar lugar al rotulado, ha sido realizado pésimamente, provocando unos descensos de sonido y fotografía que convierten al film en un continuo relampagueo que acaba por marear.

LA MUJER PANTERA

(Continuación de la página 5)

desde que un día, al salir del despacho, fué a presentarse al agente de la «Paramount». Richard Arlen era uno de sus artistas favoritos, y he aquí que de la noche a la mañana se encuentra filmando con él en los grandes estudios de la «Paramount».

En medio de tanta felicidad sólo una ligera sombra, en forma de interrogante, enturbia las ilusiones de la ex mecanógrafa. ¿Se prolongará su carrera artística después de haber filmado la obra de Wells o tendrá que volver a una oficina para seguir tecleando en las máquinas de escribir con la gracia original e inquietante de sus manos?

Ella desea continuar. ¿Cómo no si el cine ha constituido siempre la mayor ilusión de su vida? Pero todo depende de su actuación en «La isla de las almas perdidas».

A nuestro entender, la partida está casi ganada. Es muy difícil que fracase una mujer tan hermosa como Kahtleen Burke. J. B. VALERO

El dramatismo de Joan Crawford y de Mary Brian

por ANGEL ANTEM



MARY Brian había sido siempre una niña tonta, pero tonta de remate. Con su cara redondita y bonita y su eterno gesto de ingenua, uno sentía, en ocasiones, el vehemente deseo de saltar a la pantalla y sacudirla violentamente por un brazo para convencerse de si era una criatura humana o una muñeca de resorte. Y gritarle fuerte:

—¡Bueno, niña, vamos a dejarlo! Es decir, sentirse un poquito «flamencos». —

Pero es posible que nos contuviera el temor de que se nos echase a llorar la pobrecita, asustada por los gritos y el zarrandeo.

Y claro, ha seguido asomando a la ventanita maravillosa de las salas de proyección su rostro bonito de colegiala recién salida del pensionado.

En las fotografías de propaganda la hemos visto, a veces, mostrando atrevidamente las pantorrillas; pero resultaba graciosísimo el contraste entre la subversiva exhibición y la mirada limpia de toda malicia.

Parecía una hermana pequeña haciendo una travesura.

Decididamente nos habíamos acostumbrado a su simpática bobería y es posible que, si los productores americanos no vuelven de su acuerdo, la pobre Mary aubiese terminado en tonta efectiva; de las que se les cae la baba. Pero parece que los yanquis han hecho un cuarto de conversión en sus procedimientos y empiezan a darse cuenta de lo mucho bueno que tienen en casa y de lo mal aprovechado que ha sido casi siempre.

No pocas de las críticas adversas que

se les han dedicado han sido motivadas por el tan traído y llevado sistema de «standardización», que, si es inmejorable por lo que al desenvolvimiento industrial se refiere, falla más o menos tarde con relación a los artistas.

Encasillar a éstos, ponerles unas eti-

quetas y comenzar a producir películas en serie, ha podido hacerse unos cuantos años: cuando el público iba al cine «a matar un par de horas». Pero ahora analiza, aquilata y juzga. Y ve que los artistas, buenos en sus comienzos, acaban por amanerarse, lo que, inevitablemente, produce el hastío de los aficionados conocedores, de antemano, de lo que van a ver.

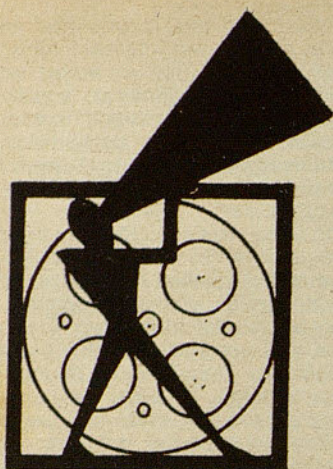
El problema no tenía más solución que una: rectificar. Y a la rectificación se han lanzado, con los más halagüeños resultados. El primer conejo de Indias, víctima propiciatoria del ensayo inicial, ha sido Joan Crawford. Fuimos a verla con recelo, ¿para qué negarlo? «La Venus Americana», la magnífica escultura viviente, la reina de la piñueta y del desenfadado haciendo un papel dramático, se nos antojaba que había de ser un serio tropiezo para la cinematografía norteamericana.

Todavía dudábamos al empezar la trama de



«¡Danzad, locos, danzad!», contemplando a la misma inquieta y revoltosa Joan Crawford de siempre; pero cuando sobreviene el drama, cuando, con la muerte del padre, se desmorona el castillo de

(Continúa en la página 24)



NOTICARIO

* * * * FILMS SELECTOS * *

Se cuenta que antes de partir para Oriente, Douglas Fairbanks entró en uno de los más lujosos establecimientos de Hollywood y pidió le enseñaran cierto abrigo.

—¿Cuánto? — preguntó al dependiente.

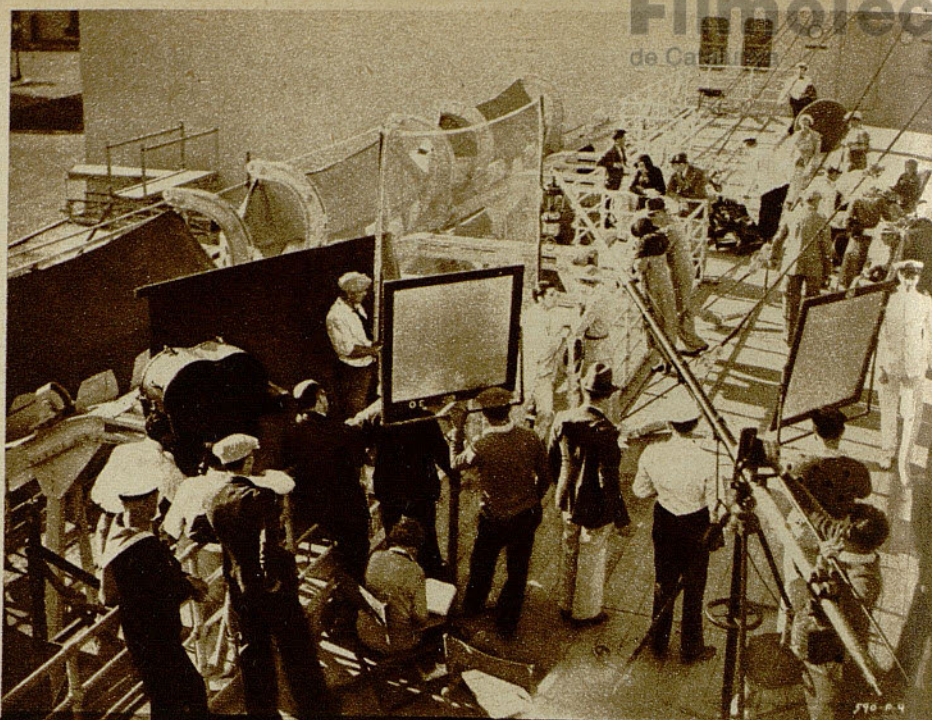
—Doscientos cincuenta dólares — fué la respuesta.

—Es muy caro — replicó, con firmeza, Fairbanks.

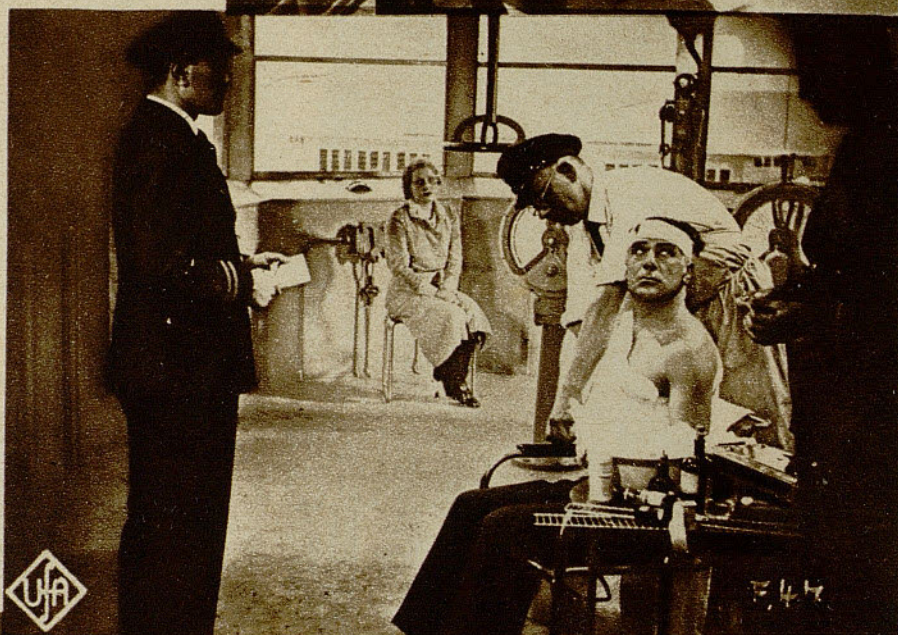
—Pues usted puede muy bien gastarse eso — le dijo el vendedor.

—Seguro — sonrió Fairbanks —, pero el frío que siento no monta a tanto. —

RONALD Colman se prepara para lo futuro, por lejano que esté todavía el día en que deje el



Una escena a bordo de un barco, en el que no hay posibilidad de marearse, porque está varado en los estudios de la R. K. O., en donde ha sido construido para impresionar varias escenas de «Westward Passage», película de la que es protagonista Ann Harding.



cinema y se retire de la vida pública. El primer paso que dió con tal objeto fué la compra de una gran extensión de terreno montañés, a unos cien kilómetros al sur de Carmel, California.

Nat Pendleton, el de los papeles de maleante como el del criminal en «El expreso fatal», ganó el campeonato de «lucha libre» en los Juegos Olímpicos de 1922 en Amberes. Pendleton trabajó por cuatro años

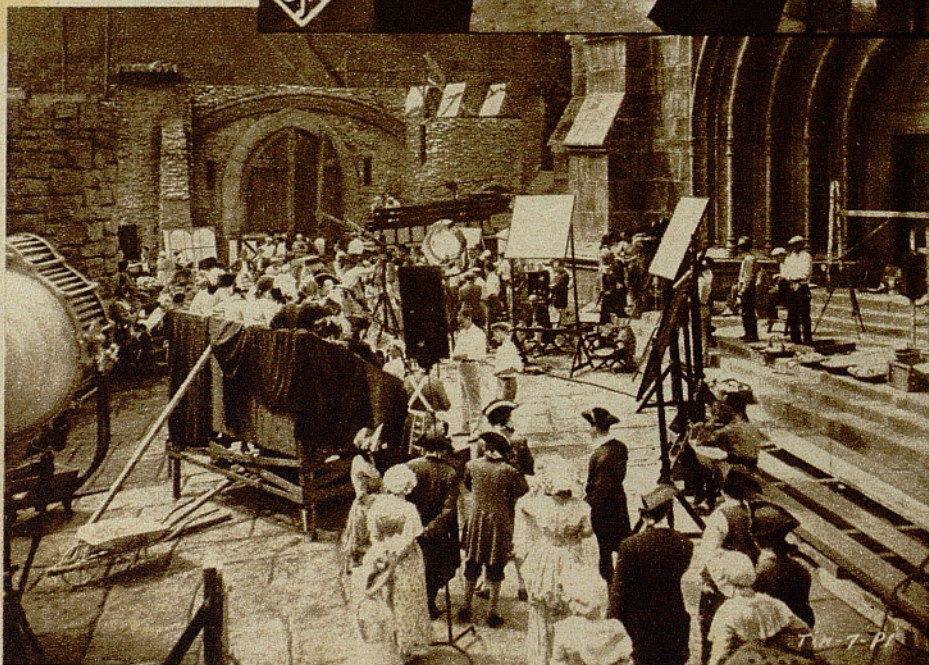
Daniela Parola, Marcel Mermino y Jean Murat en el film extra de la Ufa «I. F. 1 no contesta».

en España y Portugal como interventor de la Standard Oil Co. Además de ser deportista, Pendleton es un formidable ajedrecista.

Lila Lee firmó recientemente un contrato con la «Paramount» para interpretar el primer papel femenino en «La noche del 13 de junio».

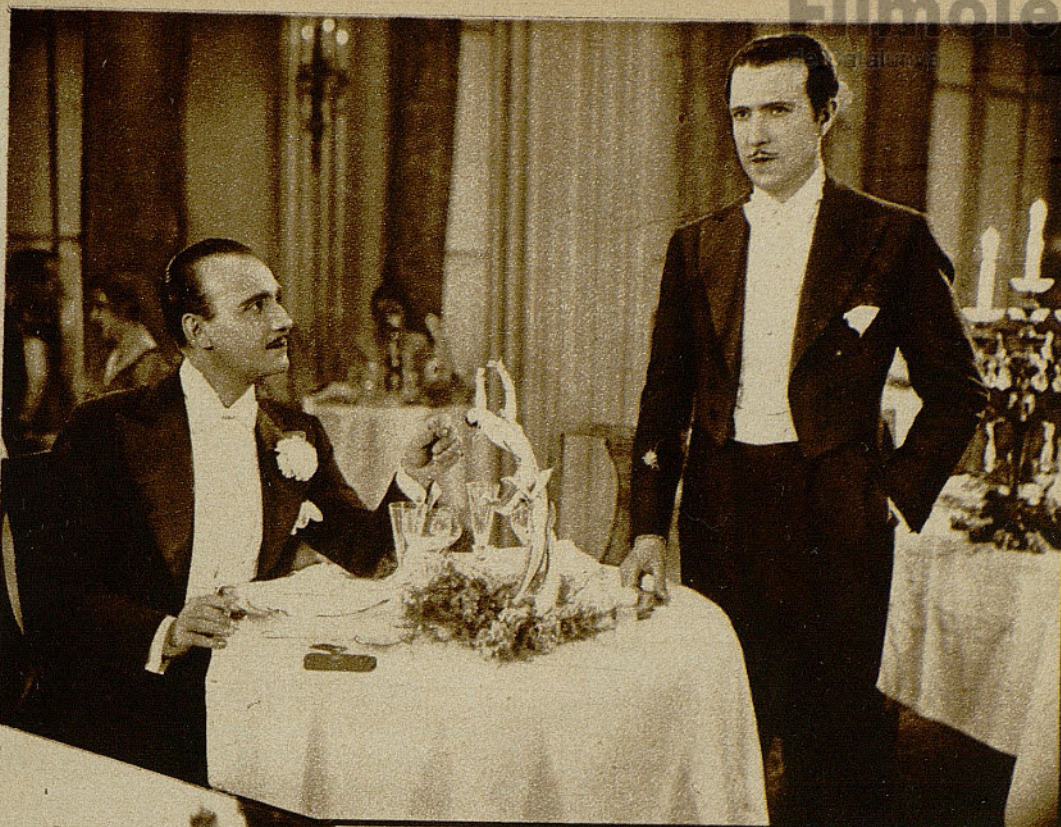
Este es el primer papel que, en varios años, Lila desempeña bajo el estandarte de la editora que la hizo estrella. Una enfermedad de cuidado la obligó a dejar el cinema, y, después de una ausencia de más de dos años, regresó, por completo restablecida, al lugar donde con tantas amistades cuenta.

En «La noche del 13 de junio», Lila actuará al lado de Clive Brook, Adrienne Allen, Charles Ruggles, Gene Raymond, Frances Dee y otros aplaudidos artistas, bajo la dirección de Stephen Roberts.



Un momento de filmación de la película Fox, «El caballero de la noche», de la que es protagonista José Mojica.

El director de escena Franz Wenzler, acompañado de sus ayudantes y de los intérpretes de la nueva película sonora de la «Ufa», con Renata Müller al frente del reparto, «Azul de zafiro y pie de mono» (producción Bruno Duday), acaba de trasladarse a París para rodar los exteriores. Zeckendorf y Mayring son los autores del argumento, basado en las aventuras de una graciosa modistilla y una herencia extraordinaria de... pieles de mono. Werner Brandes cuida de la realización fotográfica y Ludwig Ruhe de la cámara sonora Klangfilm. La escenografía va firmada por Julius von Borsoy. Junto a Renata Müller desempeñan papeles principales Georg Alexander, Otto Wallburg e Ilse Korseck, secundados por Gertrud Wolle, Hubert von Meyerinck, Kurt Vespermann y Hilde Hildebrandt.

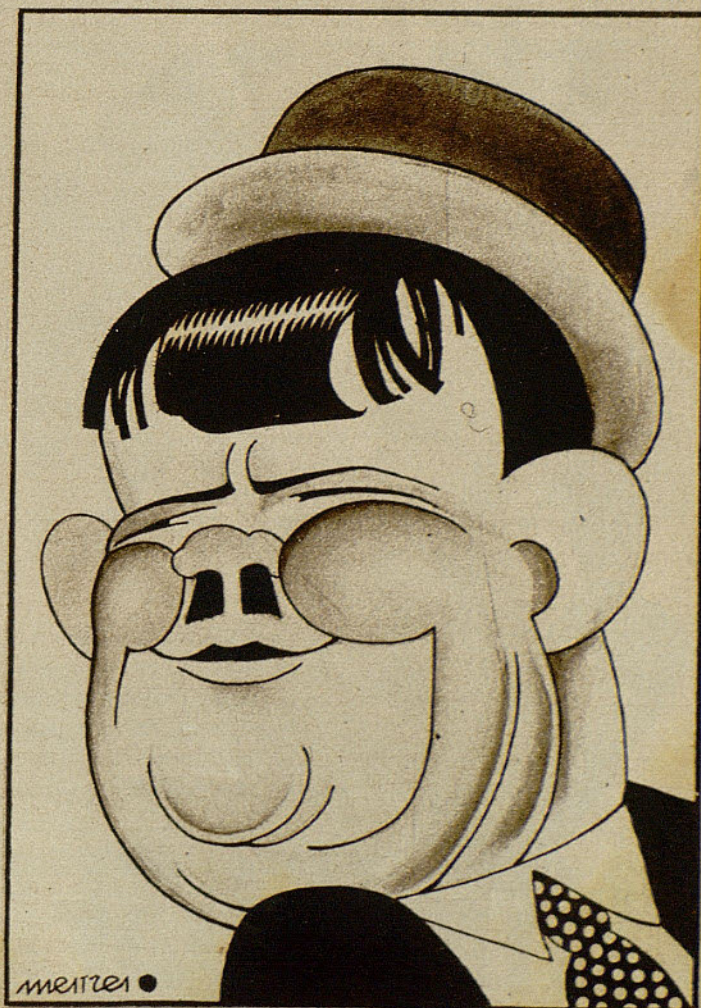


Rafael Rivelles y Gabriel Algora en «El hombre que se reía del amor», película española, que la Star Film está impresionando actualmente en esta capital.



Ralph Bellamy, paseando por un parque de Los Angeles.

Oliver Hardy, visto por Mestres.



Se encuentra todavía en Hungría el realizador Heinz Hilla, cuidando el rodaje, como director, de la película sonora germanohúngara de la «UFA» «...y luce la Puszta».

Rose Barsony, la conocida diva de opereta y bailarina, es la protagonista femenina de esta obra, cuyo argumento, en ambas versiones, es original de Emerich Pressburger. De operador fotográfico, con la misión de aprisionar fielmente en el objetivo, las deslumbradoras escenas que en el espléndido paisaje de Hungría se desarrollan, actúa Karl Puth, nombre que por sí sólo es una garantía. El decorado es de Herbert Lippschitz, la música de Ernst Erich, director de la parte musical.

Junto a Rose Barsony, intérprete femenina de la versión alemana y de la versión húngara, actúan también en ambas versiones Tibor von Halmay y Magda Kun. Los demás intérpretes de la versión alemana son Wolf Albach-Retty, Hansi Arnstätt, Olga Limburg, Heinz Salfner y Hans Zesch-Ballot.

ALMANAQUE DE LECTURAS Y DE ARTE 1933



Magnífica presentación

Selecta colaboración

Ilustraciones en huecograbado

EXTRACTO DEL SUMARIO

EL AÑO 1933

Horóscopos del año: Opiniones sobre el porvenir y retratos de destacadas figuras del mundo de las letras y de las artes.

Las estaciones.

Santorales y efemérides. Ilustrados con reproducciones artísticas, retratos y caricaturas.

Estampas del año, por José Romero Guesta y Domingo de Fuenmayor.

Cuadro santos españoles.

UNA NOVELA

«*Maravilla*», de Alberto Insúa. Novela grande, de las de 5 ptas.

RESUMEN DE UN AÑO

De octubre a octubre. Caricaturas y anécdotas del año. *La Exposición de Bellas Artes.*

PROSA, VERSO Y MÚSICA

«*La suerte*». Diálogo dramático de Emilia Pardo Bazán, ilustrado por Longoria.

«*Danse de Syrie*» (de la Suite Egyptienne), por Enrique Noví.

«*Los trajes de la muñeca*». Poesía de Zozaya, ilustrada por Freixas.

«*Cura de amor*». Novela corta, por Concha Espina, con ilustraciones de Bosch.

«*Para muchos años*». Gavota capricho, por Eduardo Lázaro.

VARIA

«*Cómo se hace un libro*». Reportaje de Mustieles y fotos Javier.

«*Cómo se organiza una biblioteca*».

Caricaturas de Jacobson.

264 páginas - Precio: 5 pesetas

Administración de «Lecturas»

Diputación, 211, Barcelona

Valverde, 30, Madrid

D.....

de..... prov. de.....

calle..... n.º..... envía cinco

pesetas por giro postal - en sellos de correo para que le remitan

un ejemplar del ALMANAQUE DE LECTURAS Y DE ARTE.



Como la composición del Jarabe Salud es tan completa y acertada, produce muy buenos resultados en sus múltiples indicaciones. — Dr. Llorens, médico de Pedralba (Valencia)

Abuelito. ¿Por qué andas encorvado?

Yo sé de muchos señores que a tu edad van por la calle tan derechos y fuertes como si tuvieran veinte años, porque toman ese reconstituyente tan bueno que yo también tomo: el Jarabe de Hipofosfitos Salud.

Dá vigor al débil, alegría al neurasténico, sangre al anémico, vida al raquítico y energía mental al que, agotado por el trabajo, se considera incapaz de continuar su labor.

Decir:

HIPOFOSFITOS SALUD es decir "Vida"

Su éxito creciente en cerca de medio siglo de existencia abona esta afirmación. Aprobado por la Academia de Medicina.

HIPOFOSFITOS SALUD

Producto inalterable, de efectos rápidos y seguros, pudiéndose usar en todas las estaciones del año.

No se vende a granel.



Dos escenas de la
película EL MEN-
SAJE SECRETO

Drama de espiona-
je presentado por
la casa Cinac.

POLA NEGRI, LA DE LOS AMORES POCO DURADEROS

(Continuación de la página 7)

mujer perversa, diabólica y sin sentimientos.

Es imposible — se decía — que semejante mujer pueda amar de verdad a ningún hombre. Y lo decían porque aun estaba fresco el recuerdo de la muerte de Valentino y porque la artista era así como conservaba su luto, uniéndose a otro hombre y dando la espalda al mundo.

Tiempo (después, hace tres años, la noticia de un nuevo divorcio volvió a publicarse en los periódicos. Se trataba de Pola Negri, que cansada del príncipe Mdivani, quería volver a ser libre y viajar de nuevo. No hubo escándalo. Los cónyuges se separaron amistosamente, no sin antes celebrar aquella separación de la manera más alegre posible.

El champaña tejó burbujas de oro en sus copas durante toda una noche; pero a pesar de aquella orgia, al día siguiente apareció cada uno en distinto hotel. Después el nombre de Pola Negri pareció olvidarse para siempre. Se sucedieron los meses, ignorándose su paradero. Pero el año pasado, ella volvió a despertar la curiosidad del mundo entero. Pola se hallaba gravemente enferma en un sanatorio de Los Angeles. La rondaba la muerte por momentos, de sus ojos había huido el brillo habitual y parecía que iban a cerrarse para siempre. Sin embargo, no fué así. Tras una lenta convalecencia, la artista volvió a recuperar su salud y otra vez su nombre fué objeto de comentarios.

Y ha vuelto a la vida activa del cine, por cuanto no hace mucho se dijo que acababa de terminar su primer film hablado, que lleva por título «La mujer manda». Asimismo se ha dicho que Pola Negri tiene un nuevo pretendiente en puerta, un millonario de Chicago con el que piensa casarse.

Pero nosotros no creemos que la famosa «star» pueda ya enamorarse de ningún hombre, aunque sí de su dinero, ya que es mucha «vejez» la juventud de Pola Negri...

MANUEL P. DE SOMACARRERA

Harold Lloyd en «Cinemania»

(Continuación de la página 9)

nos, verla seriamente comprometida en desigual reyerta. Alguien sigue a nuestro héroe, que se aleja del estudio. ¿Quién? ¿Quién ha de ser si no la heroína! Tras de la tempestad viene la calma, y para Harold se acerca ese momento que en la historia de los hombres, como en la de los pueblos, señala el triunfo. Como va a verse, mejor dicho, como se verá en la pantalla, ese momento triunfal es un triunfo de risa que culmina en una carcajada.

¿MI PRIMER AMOR?

(Continuación de la página 17)

mi misma locura. De pronto sentí que una ola rugiente y espumosa me arrollaba. La impresión fué tan enorme que... desperté.

¿Todo había sido un sueño? Sí. Pero un sueño que tenía una base real. Yo

¿Qué es la Máscara Amarilla?

Once yellow - now gleaming white



La «MÁSCARA AMARILLA» es este tinte amarillento que afea sus dientes. He aquí el mejor sistema para desprenderla.

Todos los dientes, por naturaleza, poseen un esmalte perfectamente blanco, los suyos también.

Lo que sucede es que este feo color amarillento que tienen, lo ha formado una especie de «cemento líquido» que contiene la saliva. Se adhiere a los dientes formando, al endurecerse, una fina capa transparente que los alimentos, el café y el tabaco tiñen de amarillo.

Ensayar de hacer desaparecer este inconveniente color con los dentífricos ordinarios es intento en vano. Por los actuales medios puede usted blanquear los dientes a fuerza de cotidiano cepillar. Pero con la perfección de nuestro moderno y rápido procedimiento el éxito está asegurado.

Existe una sustancia maravillosa que sólo la ciencia dental americana, tras largos años de labor y ensayos, ha logrado incorporar en un dentífrico de sabor agradable y perfumado. El nombre de este famoso dentífrico es **Orphos Tooth Paste**. Ensáyelo usted en seguida bajo nuestra absoluta garantía. Si ORPHOS no blanquea asombrosamente su dentadura en unos treinta días de uso, devuelva el resto del tubo a su perfumería, farmacia, etc., y percibirá de nuevo su valor.

Abandone su antiguo dentífrico. Adquiera Orphos y observe sus efectos sorprendentes sobre la «Máscara amarilla».

Le aseguramos que no tendrá usted ninguna desilusión.

AGENTE EXCLUSIVO:

PERFUMERÍA ICART

Clarís, 10 - Barcelona

Remitiendo su dirección y Ptas. 1.- en sellos de correo, a ORPHOS. Paseo de San Juan, 62, recibirá certificado, franco de portes, un tubo de ensayo y la obra «Los secretos del maquillaje».

conservaba el retrato de un joven marino que no supe nunca quién era, pero que era como el que había visto en aquel sueño inolvidable. El retrato me lo dió una amiguita en el colegio. Y aquella imagen despertó en mi corazón los primeros estímulos amorosos.

Hoy no sé qué se ha hecho de aquel retrato. Sin embargo, tengo tan presentes, como si los estuviera viendo, sus rectos hombros, su fino talle, sus ojos azules y sus cabellos rubios que ponían un nimbo de oro en sus sienes...

EL DRAMATISMO DE JOAN CRAWFORD Y DE MARY BRIAN

(Continuación de la página 19)

las frivolidades, surge la actriz de temperamento dramático, sintiendo hondo, en la sangre, en la medula. Y se nos revela una venus humana que lucha, que llora, que siente y lo que es mejor: que hace llorar y sentir.

«Adelante — nos dijimos —, ése es el camino.»

Tras este afortunado ensayo, hemos de confesar que, a la presentación de Mary Brian como actriz dramática, asistimos más esperanzados. El público no es malo, señor, y basta con cuidarle un poquito.

En «De hombre a hombre», la decoración varía. Por mejor decir, ya el título mismo predispone el ánimo a presenciar una batalla intensa, sea como sea y en el terreno que sea. De hombre a hombre o lo que es lo mismo, de potencia a potencia.

Varía la decoración, decimos, en esta cinta, porque en ella no existen suavidades al principio para, gradualmente, llevarnos a las situaciones violentas, no. Aquí, tan pronto como se hace la luz en la pantalla, nos encontramos en plena tragedia.

Muertos, bandidos, policías, pistoletazos. Sangre y horror, miseria y degeneración.

Y Mary Brian...

Pero no la Mary Brian que tú y yo conocíamos, lector, sino una mujer, fíjate bien, una mujer valiente que ama, que vibra y que defiende su felicidad con lágrimas de mujer, mezcladas, naturalmente, con todas las astucias femeninas.

Viéndola llorar esta vez, no hemos sentido el deseo, como otras, de darle un bombón para que se callase; porque ya no era la muñeca bobalicona ni la hermana pequeña que muestra las patorrillas en una travesura intransigente.

Era la hembra enamorada de un hombre débil a quien no quiere que le arrebatén.

¡Bien por Mary Brian, bien por Joan Crawford, bien por los productores yanquis!

El experimento no ha podido ser más satisfactorio, siquiera no haya sido perfecto, pues Philip Holmes — brillante promesa de actor — hace dos papeles idénticos en ambas cintas, es decir, que todavía hay un resabio de las antiguas formas.

¡Cuidado!

Hemos visto malograrse muchas figuras en el cine por las causas apuntadas y acabamos de asistir a la resurrección de dos de ellas que parecían desaparecidas en plena juventud.

¡Y no es poco, encontrar dos «actrices» a estas alturas!

ANGEL ANTEM

encargados por él y si estaba avisado el coche que habría de llevarlo a la iglesia y como Jefferson contestara afirmativamente, se despidieron hasta más tarde.

Después de colgar el receptor llamó al portero para que le trajera aguardiente con soda, pues quería fortalecerse para resistir la prueba que le esperaba, que era rendir a sus pies a la mujer con quien iba a unirse y de la que trataba de apoderarse por todos los medios desde hacía varios años. Hubiera llegado él a amarla a no tener ella la osadía de despreciarlo, pero al fin había encontrado el medio de obligarla a ser su esposa y ahora saboreaba el triunfo del conquistador de una mujer bonita y de una inmensa fortuna.

Empezó a componerse y pulirse con toda calma dejando asomar a su rostro flácido una sonrisa de satisfacción. Detúvose frente al espejo sintiéndose feliz y satisfecho de sí mismo y encontrándose hasta guapo. Luego entró en el cuarto ropero a buscar el traje; mas, al descolgarlo, enredósele, sin saber cómo, uno de los gemelos en el pestillo del ropero.

George Hayne, que así se llamaba nuestro hombre, tiró impaciente de la manga; despegóse el gemelo de la cadena con el tirón, al mismo tiempo que la puerta se fué cerrando silenciosamente con el empuje de la sacudida. Y apenas George había acabado de descolgar el traje, cuando un clic seguido de profunda obscuridad le advirtió que su impaciencia le había hecho caer en una ratonera. El pestillo de muelle, pequeño y fuerte, había quedado echado por fuera y el novio estaba prisionero.

Un poco contrariado dió un par de puntapiés a la puerta, creyendo libertarse por este sistema; pero acordándose de que tenía las botas muy lostrosas desistió de tal procedimiento y apoyó su hombro macizo en la puerta, empujándola con tal fuerza, que la pchera almidonada de la camisa crujió y el cuello quedó arrugado y torcido, pues si macizo era él, maciza era la puerta que se

mantenía firme y que se hubiera reído si los objetos pudieran reír.

El prisionero, sin fuerzas ya y sin alientos por los infructuosos empujones y agotado todo el léxico de juramentos, interjecciones y maldiciones, levantó la voz y empezó a dar rugidos, porque tal era lo que salía de su potente garganta. Pero la ciudad seguía sumida en bullicio sin que nadie se enterara de las angustias de aquel prisionero; éste pasó revista rápidamente al momento actual. ¡Ya debía estar camino de la iglesia! ¡Qué cosas no se le ocurrirían a Celia si se retrasaba! Celia le había despreciado ya desde niña y el derecho adquirido ahora por él sobre ella era tan frágil como una cuerda de arena.

¡Si pudiera derribar la puerta! ¡Si al menos tuviera más sitio y más aire para respirar!... ¡Porque se ahogaba! Gruesas gotas de sudor resbalaban por la frente; y el cuello almidonado ya no era más que una tira arrugada y húmeda alrededor de su garganta. Inspeccionó mentalmente el baúl para ver si le quedaba otro cuello de aquel estilo. ¡Ah si pudiera salir de aquel maldito rincón! Pero todo estaba en silencio. Y los porteros... ¿no vendrían a sacarlo de allí? Recordó haberles dicho que iba a dejar el equipaje en el piso por quince o veinte días hasta que volviera de su viaje de novios. El portero no se extrañaría, pues, de no volver a verlo. ¿Y si tuviera que quedarse allí y morir de hambre? ¡Horrible pensamiento!

Levantóse del suelo donde se había tirado rendido por la fatiga y empezó de nuevo a dar vueltas y rugidos, terminando por caer desfallecido, viendo, como en un panorama, todo el pasado turbio de su vida. Destacóse claramente en la obscuridad del cuarto ropero el plan de maldad astutamente concebido por el cual llegar a la posesión de una codiciada fortuna; y como consecuencia le asaltó el temor de que aquel pequeño incidente del pestillo le hiciese perderla. El fraude y las malas artes, debido a las cuales había conquistado a una heredera, no le preocupaban tanto como el temor de perderla... o mejor

estaba pegado al patio y el chofer se paseaba por delante de él. Este se acercó para ayudarlos a saltar de la escalera.

— Dice su madre que se den ustedes prisa, mister Jefferson — dijo.

Metiéronse en el vehículo y fueron todos en silencio hasta que el automóvil dió la vuelta a la esquina entrando por una ancha avenida. Entonces la madre de Celia se inclinó hacia adelante y poniendo las manos sobre las de Gordon, dijo conmovida:

— ¡Hijo mío; nunca olvidaré este rasgo tuyo! ¡Ha sido una atención muy grande dejarme estar con mi hija estos últimos momentos —

Gordon, profundamente azorado para poder hablar, murmuró unas palabras en voz baja y Jefferson se encargó de salvar la situación dando un sinfín de informes e instrucciones para el viaje y haciendo innumerables preguntas sin detenerse afortunadamente lo bastante en cada una para dar tiempo a contestar. La novia iba callada con la mano entre las de su madre.

Gordon formó apresuradamente un plan, que consistía en dejar a sus acompañantes en el tren mientras él iba a recoger el maletín que tenía en la estación. Probablemente Jefferson se empeñaría en acompañarle, pero él insistiría en que los dos hermanos estuviesen juntos hasta última hora y desaparecería por entre la multitud volviendo más tarde por el maletín o enviando un mozo a buscarlo. Repugnábale de este plan el dejar a aquella pobre gente en situación tan desairada por su desaparición, especialmente la novia. Pero el quedarse complicaría las cosas más todavía, pues no podía continuar más tiempo sin explicar quién era él y eso le era imposible debido a su misión. Hasta que ésta estuviese cumplida y el mensaje en manos del jefe no era prudente exponerse a correr ningún riesgo.

El plan le salió a pedir de boca. Insistió Jefferson en que le dejara ir a él a buscar el maletín, pero Gordon le dijo con atención fingida:

— Quédate. Tu hermana te quiere

tener consigo hasta última hora. —

El muchacho le dirigió una mirada tierna y se volvió sonriendo al departamento donde su madre y hermana hacían una despedida muda. Gordon saltó del tren y salió corriendo, sintiéndose tan vil y mezquino como la más despreciable criatura. Y sintiendo al mismo tiempo una fuerte opresión en el pecho. Sus pies oponían una extraña resistencia a correr y sin una constante presión de la voluntad se hubiera detenido a pesar suyo. De buena gana hubiera mandado al diablo el maletín y su comisión, para volver al coche donde había dejado a su novia de una hora. Preveía que de allí en adelante él ya no iba a ser el mismo hombre; que iba a estar siempre pensando en ella, pesoso de no haberla consolado del pesar que la afligía; lamentando que no hubiera sido novia suya de verdad. Y olvidándose de que debía prevenirse contra la posibilidad de que mister Holman enviase algún detective en su busca, atravesó de nuevo la puerta de la estación donde vió que le miraba recelosamente un individuo vestido con traje de etiqueta. Creyó ver en él uno de los invitados a la comida de casa de Holman, pero no se atrevió a volverse para mirarlo por temor a ser reconocido. Y mientras reflexionaba si debía arriesgarse a ir a buscar el maletín o si sería más prudente esconderse, sintió que una mano le tocaba en el hombro a la vez que una voz simpática gritaba a su oído:

— ¡Por aquí, George! ¡Para recoger los objetos depositados, por la derecha! —

Y se encontró otra vez con Jefferson que venía sonriente y jadeando.

— ¿Lo ves? Mamá tenía que decirle no sé qué cosa en secreto a Celia. Vi que estaba de más y vine contigo. ¡Je, je, je! ¡No corras! ¿Qué prisa hay? Faltan todavía diez minutos para la salida del tren. ¿Iba yo a estarme perdiendo todo este tiempo en pasear solo por el andén, pudiendo estar disfrutando de tu compañía? Oye, George. ¿Vais a vivir siempre en Chicago? Yo preferiría que volviérais

a Nueva York. No sé cómo va a resistir mamá la falta de Celia. La echará muchísimo de menos. —

Jefferson iba al lado de Gordon charlando sin cesar y sin notar el aspecto mezcla de ansiedad, de disgusto, y al mismo tiempo de satisfacción que tenía su cuñado. Frente a ellos vino andando un individuo que se volvió a mirarlos. Gordon estaba seguro de que era el individuo pequeño y grueso de casa de Holman. No cabía duda porque le miraba fijamente. Y a Gordon se le borró de la memoria todo lo que no fuera el documento y el cómo llevarlo sin peligro a su destino. Y con verdadera satisfacción se dio cuenta de que por encima de todos los obstáculos, éstos habían sido su única preocupación todo el tiempo. Venía ahora la etapa del peligro como no podía por menos de faltar en asunto de tanta importancia, porque el individuo aquél se había vuelto e iba andando paralelamente a ellos, espionando a Gordon a hurtadillas y ni un solo movimiento de él se le escapaba.

Tuvieron un momento de espera en la sala donde estaba depositado el maletín, mientras uno de los empleados lo buscaba y Gordon vio que el sujeto aquel se había parado a unos metros de distancia, sólo con el objeto de observarlos. Al salir de allí no se atrevió a mirar para atrás, pero tenía la seguridad de que los seguía hasta el tren. Sentía su presencia tan claramente como si lo estuviera viendo; pero Gordon había recobrado toda su sangre fría y estaba lo mismo que si no hubiera ocurrido ninguno de los incidentes de las dos últimas horas y se encontrase retrocedido al momento en que salía de casa de Holman. Tenía la convicción de que ellos habían descubierto su... robo... traición... o como quiera llamársele... y que le perseguirían hasta arrancarle el documento y darle muerte si podían. Pero confiaba también en que el disfraz y las personas que le acompañaban desorientasen por el momento al sabueso aquel. Probablemente no sería el único espía que había en la estación. Quizá estuvie-

sen ya allí varios detectives, prestos a detener a todo el que les pareciera sospechoso, y él mismo se maravilló de estar tan sereno en circunstancias tan peligrosas.

De este modo subieron al tren y fueron hasta el departamento donde estaban la novia y su madre; aquélla tenía el rostro lleno de lágrimas, pero lo volvió hacia la ventanilla para ocultarlas. Los ojos de Gordon la siguieron apasionadamente y a través de los cristales de las gafas vio al que le seguía, que desde el andén le espiaba. Suponiendo que el sombrero contribuía a desfigurarle, lo dejó puesto a pesar de estar en presencia de señoras y a trueque de aparecer descortés. Y para disimular su apuro insistió en bajar con la señora hasta el andén para representar bien el papel de novio delante de su enemigo.

Quedáronse un momento en el andén, mientras Jefferson se despedía de su hermana intentando consolarla de la pena que la separación de su madre le producía.

— George es muy bueno, Celia; es bueno de verdad. Te quiere mucho y me ha prometido poner todo lo que esté de su parte para hacerte feliz. Dice que piensa traerte pronto y que no te privará de pasar con nosotros todo el tiempo que quieras. ¿Qué dices a esto? ¿No es lo contrario de lo que tú esperabas? Tampoco está muy decidido a quedarse para siempre en Chicago. Dice que es fácil pueda venir a vivir a Nueva York. —

Celia levantó la cabeza para mirar a su hermano a través de las lágrimas. Mientras tanto, el individuo que estaba junto al tren estudiaba perplejo la situación y retrocedía luego para borrar a Gordon y a la dama.

— Has de ser muy bueno con mi hija — imploró aquélla —, porque como ha vivido siempre con nosotros, nos echará mucho de menos aunque te tenga a ti. —

Aquella súplica atravesó el alma de Gordon como una espada. ¡Era una infamia consentir esto sin denunciarse a sí mismo como un usurpador! Gordon llevó la mano al sombrero y lo levantó ocultando todo lo posible

su rostro a las miradas del espía. En esta actitud respetuosa dijo, como si pronunciara un voto sagrado:

— La protegeré como si fuera... como si fuera usted, madre. —

Esta palabra en su boca consideró la una profanación. Él, un impostor, era incapaz de darle el valor que tenía.

Oyóse el silbato del tren y la voz del conductor que gritaba: «¡Señores viajeros al tren!»

Gordon dió la mano a la señora y ella levantó la cara para besarlo. Inclínose él para recibir el beso y murmuró:

— ¡No tema usted por ella, que no consentiré que nada ni nadie la disguste!

— ¡Confío en ti, hijo mío! —

Gordon la dejó con su hijo y se apresuró a volver al lado de Celia, con el tren ya en marcha. Todavía vio paseando por el andén a su espía, que se alejaba desconcertado. ¿Iría a comunicarlo a los otros y vendrían a asaltar el tren detectives y policías? Estaría prevenido, por si eso sucedía,

para huir, y en ese caso tendría que dejar a la novia sola. Pero el sentido del honor le impediría poner en práctica esta idea, aunque su vida estuviera en juego.

Ya en el departamento donde estaba Celia, Gordon se inclinó sobre ella, la tocó en el hombro y bajó la cortinilla para protegerla de las luces; y ella, que seguía en la misma postura que su hermano la dejara, con la cabeza inclinada y el pañuelo en los ojos, dejóse caer en sus brazos, rígida y pálida. Gordon se olvidó del espía, quitósele el temor de que asaltaran el tren los detectives; olvidó la importancia de su misión; lo olvidó todo para dedicarse exclusivamente a prodigar sus cuidados a aquella encantadora mujer que yacía sin sentido.

El espía corría desesperadamente por el andén intentando mirar por la ventanilla al departamento de Gordon. Y diez metros detrás de él corría también otro individuo de bigote y barba y cejas tupidas. Pero Gordon no vio a ninguno de los dos.

CAPÍTULO VI

CINCO horas antes desembarcaba en el muelle de la *White Star* el individuo de bigote y barba que acabamos de dejar corriendo por la estación. Dirigióse el viajero desde el muelle a una casa situada en el piso quinto de un elegante edificio.

Este piso cedíasele un amigo durante su ausencia y en él pensaba el viajero instalarse a la vuelta de su viaje de novios. Al apearse del coche notó con satisfacción que la casa estaba situada en un barrio elegante. Pagó al cochero y entró en la portería mostrándole al portero una tarjeta del inquilino del piso que iba él a ocupar ahora.

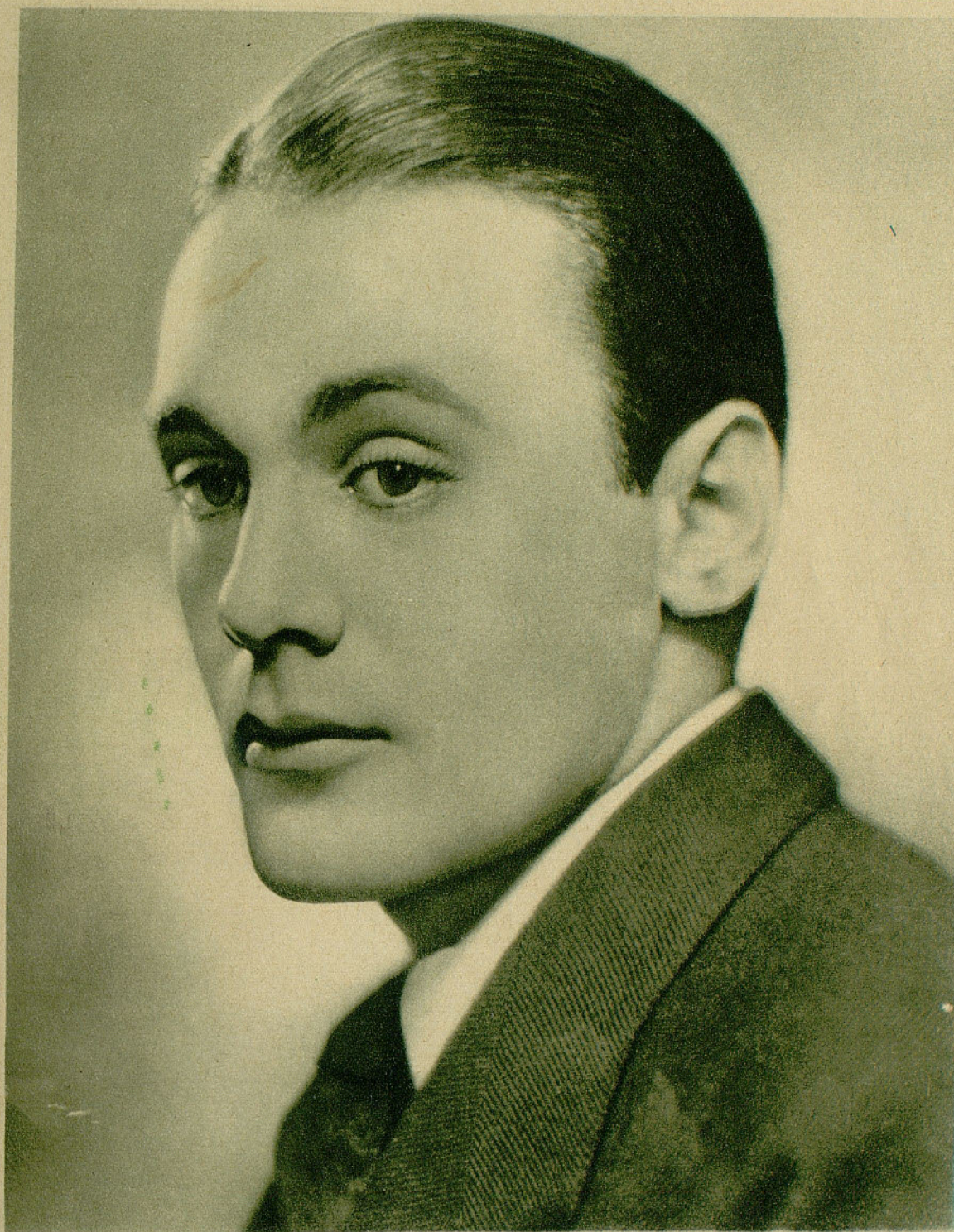
Ya dentro de casa abrió el baúl y sacó el traje de boda, colgándolo cuidadosamente en el cuarto ropero para que se desarrugara mientras él hacía los preparativos de su *toilette*.

Llamó en seguida por teléfono a Jefferson Hathaway, que iba a ser el padrino de boda, para comunicarle que ya estaba en tierra, pero que el barco había llegado con varias horas de retraso y como, debido a esto, él no tendría tiempo a hacer algunos requisitos que se necesitaban para la boda, le dió las instrucciones para hacerlos, quedando ambos convenidos en llegar a la iglesia media hora antes de la fijada para la ceremonia.

Jefferson díjole que su hermana se hallaba muy apenada, en vista de lo cual, decidieron no llamarla para evitarle nuevas emociones. Tiempo suficiente tendrían los novios para hablar después. Realmente no había ninguna cosa de urgencia que tratar, pues todo se lo habían dicho por carta. El viajero preguntó a Jefferson si había recogido los anillos de boda

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca
de Catalunya



EDDIE BUZZELL



INA CLAIRE